
El Orgullo De La Fuerza...

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9270

Título: El Orgullo De La Fuerza...

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Artículo, Crónica

Editor: Brian

Fecha de creación: 22 de septiembre de 2026

Fecha de modificación: 22 de septiembre de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Orgullo De La Fuerza...

El Orgullo de la Fuerza. Tom Moore. —He aquí por fin una pieza bien construída, de un solo aliento del principio al fin, vivaz, sin pretensiones, y que cumple agradablemente su misión de comedia sentimental. Tom Moore, que es posiblemente el muchacho más simpático del cine, presta a la cinta entera el encanto de su risa abierta, sin restricción alguna, y que cuadra singularmente con su bonhomía. Si pasa por la pantalla un actor del cual podamos creer que es lo que aparenta, ese actor es sin duda Tom Moore. Pudiera no ser un buen muchacho; pero todos apostaríamos a que lo es. Para mayor gracia, este campeón de las cintas elegantes no es un gomoso. Viste bien, desde luego, pero con una desenvoltura que hace honor a su condición de muchacho mundano, habituado como el que más a llevar la ropa. Y es así un placer no sentir en él al maniquí planchado y rígido, conquistador de corazones sumamente baratos, que desempeña por lo general el papel de héroe en las cintas.

Acompaña a Moore la señora Seena Owen. Esta señora, que es esposa de Jorge Walsh, si no recordamos mal, tiene una atracción particular, que no reside en su rostro de mediana belleza, y mucho menos en su boca y su dentadura. ¿En qué reside, pues, dicha atracción, que no siendo perceptible para las mujeres, es seriamente sentida por los hombres? No es el suyo un tipo provocativo, lo que podría explicar la predilección masculina. Antes bien, es una señora de frío aspecto. ¿Consistirá acaso en esto mismo su seducción, en el enigma que plantea su mirada impenetrable, a ejemplo de esa otra señora Gloria Swanson? No podríamos decirlo, aunque lo sintamos perfectamente.

Un Angel Hambriento. Enid Bennet. —La temporada de super-estrenos ha comenzado en estos días, y ella nos ha de traer cintas más felices para la Bennet, que la que encabeza estas líneas. La pequeña rubia goza de merecida fama, y no en balde la hermosura de sus ojos sobrepasa a su misma acción dramática. Porque cuando la fuerza de sus papeles lleva a Enid Bennet hasta diez centímetros de los ojos del hombre amado, no hay en esos momentos luz paradisíaca que pueda ser comparada a la que

destellan sus inmensos ojos azules.

Cuando la suerte depare a esta actriz un film de real pasión, —pasión que sea la vida misma del drama, y no de su título o leyendas postizas,— entonces la pequeña Enid ascenderá cien codos en el aprecio escénico que ya nos merece.

¿Quién Arrojará la Primera Piedra? Evelyn Nesbit. —Algunas empresas cinematográficas, entre las cuales se cuenta la editora de este film, se dedican de un tiempo a esta parte a españolizar los apellidos en las leyendas. Por ejemplo, los caballeros y damas norteamericanos son llamados Fernández, González, Gaudiño, Olmos. Aunque en los Estados Unidos abundan en cierto modo los nombres españoles, esta abundancia no ha de ser tal que desaloje totalmente a los apellidos ingleses. Si los traductores son llevados a esta manía por un prurito de hispanismo, parécenos que sería también indispensable españolizar el drama entero; pues de otro modo asistimos a comedias de ambiente netamente norteamericano, con personajes españoles en su totalidad. Pero no es esto solo: los apellidos rayan a menudo en la caricatura: Comeviento, Descarrilado, Arribeñitis. ¿Por qué caricaturizar el nombre de un serio personaje de un drama también serio? Es lo que no llegamos a comprender.

Un Gaucho en Broadway. William Hart. —Nuevamente podemos regocijarnos de una cinta bien construida, de sostenido interés y felices hallazgos. Cabría en ella, sin duda, un poco más de emoción que la que se escapa de un breve idilio final.

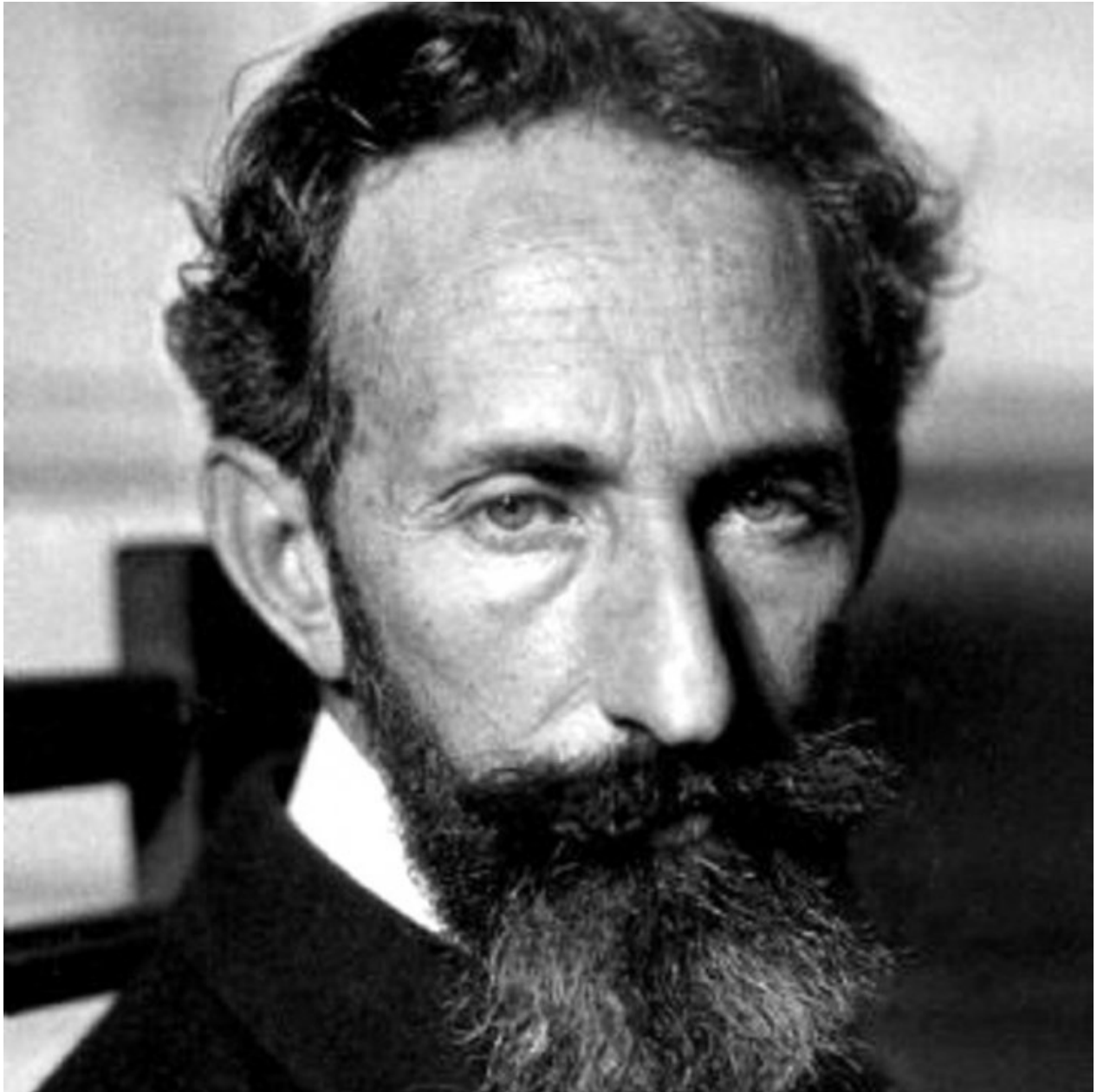
Démonos por muy bien servidos, no obstante.

El cambio de escenario ha favorecido singularmente a Hart, e igualmente el cambio de asunto. Por copiosos que sean los recursos de un actor, llega un momento en que no nos impresiona más, si usa y abusa del mismo eterno teatro. Hart debe de estar un poco cansado como nosotros mismos, del personaje generoso o egoísta, pero siempre sombrío, que viene caracterizando sin tregua. Un poco de alma como la generalidad de las gentes, aún a Hart le sienta a maravillas. En esta nueva cinta halla ocasión para lucir su gran facultad de expresión en la timidez — ante las mujeres tan sólo, claro está. En cuanto al frac, que Hart viste en este film, no es novedad en la pantalla. En Un hombre, cinta vieja ya, y de las mejores de este actor, tuvimos ocasión de ver a un Hart de salón, tan a sus anchas

como un Wallace Reid.

El recurso escénico, como contraste, no es despreciable. Pero sentiríamos que se abusara de él. Hart tiene su gran valor como tipo de pasiones salvajes, y no es en el medio ultracivilizado de una sociedad mundana donde va a hallar ocasión de que su ruda energía explote.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)